

Otras miradas

María Teresa y Fredrika: imaginando Cuba en el siglo XIX

Maria Teresa y Fredrika: imagining Cuba

Carmen Perilli

Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA)

Universidad Nacional de Tucumán

Argentina

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1705-4171>

carmenperilli@gmail.com

Recepción: 14/02/2025

Aprobación: 20/04/2025

Resumen: Las mujeres viajeras del siglo XIX escriben dentro el repertorio romántico y aprovechan la experiencia de la ilustración, en un balance entre impresiones subjetivas y observaciones empíricas. “Exploradoras sociales” las llama Mary Louise Pratt: miran y escuchan, confrontan con nuevas geografías y cuerpos. Hay una relación directa entre narraciones de viaje y ficciones costumbristas. Se trata de una “etnografía de mujeres” centrada en los roles sociales de las mujeres, hecha por mujeres, que construye un mapa visual, cognitivo y emotivo combinando, según Adriana Méndez Rodenas, tres factores: los métodos, el objeto de estudio y la circunstancia. Las mujeres europeas reconstruyen culturalmente al Otro en nuestra América y producen

“escenas etnográficas” en torno a la población del Nuevo Mundo. Me interesa contrastar los relatos de dos viajeras trasatlánticas que, hacia la mitad del siglo XIX, llegan a Cuba, donde la economía modernizada ha transformado la plantación con la tecnología y el tráfico de esclavos. La cubana Mercedes de Santa Cruz y Montalvo y la sueca Fredrika Bremer provienen de geografías distintas y nos entregan retratos de costumbres y cuadros de la naturaleza a través de una escritura intimista. Escritoras consagradas toman posiciones diversas frente a la esclavitud y escriben ficciones etnográficas acerca de una isla que se dice entre el infierno y el paraíso.

Palabras claves: mujeres, viajes, relatos, etnografía, Cuba.

Abstract: The Women's travelers in the nineteen century write their adventures using the romantic repertory and use the illustration experience, between subjective impressions and empiric observations. Social explorers say Mary Louise Pratt. They look and listen, confront with new geographies and bodies. There is a direct relation between travelogues and costumer's fictions. A women's ethnography center in the social role of women produced for women that construct visual, cognitive and emotive map says Adriana Méndez Ródenas combining three factors: methods, objects of study and circumstance. I am interesting in the contrast the travelogues of two transatlantic women, in the middle nineteen century. They came to the island, where the modern economy transformed the plantation with technology and slavery. The Cuban Mercedes de Santa Cruz y Montalvo and the swedish Fredrika Bremer come from different geographies and bring us costumes portraits and natural view through an intimate writing. Consecrates writers take different position about slavery and write ethnographic fictions that talks about an island where they find the hell ant paradise.

Keywords: women, travelers, writing, ethnography, Cuba.

En el siglo XIX los viajes construyen representaciones del mundo dentro de una nueva globalización acelerada, en un contexto en el que se reconfiguran imperios y naciones. Las exploraciones dan lugar al diseño de nuevos mapas y relatos en los que hay un encuentro entre lo privado, lo autobiográfico y lo público. La literatura produce un género sumamente diverso en sus formas: desde las descripciones e informes que buscan hacer una crónica acerca del lugar que se visita, a los viajes conformados a partir de lo más íntimo, las cartas, en ellas los relatos de las travesías parecen ser el punto de encuentro de problemáticas genéricas.

La figura del viajero es fundamental para la construcción del antropólogo, su escritura ayuda constituir las nacientes ciencias sociales. Los europeos del siglo XIX en viajes trasatlánticos reinventaron América como naturaleza, imitando a sus coterráneos del XVI y XVII. Alexander von Humboldt forma parte de la serie de primeros inventores europeos de América: Colón, Vespucio y otros. Escribe sobre el continente como un lugar primeramente natural, un espacio sin propietarios, sin tiempo, ocupado por plantas y criaturas (algunas humanas), pero no organizado por sociedades y economías; un mundo cuya única historia estaba a punto de empezar.

En *Ojos Imperiales*, Pratt estudia la forma en que Humboldt reinventa América como naturaleza, basándose en las visiones fundacionales de los primeros cronistas españoles. No la naturaleza accesible, recolectable, reconocible, categorizable de los linneanos, sino una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos (Pratt, 1992: 215). Nancy Stepan, por su parte, en *Picturing Tropical Nature* (2001), se detiene en su importancia para la constitución del trópico como paisaje. Andrea

Wulf en *La Invención de la Naturaleza* (2017) señala que Humboldt nos legó la idea de que la naturaleza era una fuerza global.

Tanto el viajero como el costumbrista formaron parte esencial del sujeto observador moderno. Como señala Roberto González Echevarría (2011) los lazos entre novela y antropología en América Latina fueron posibles debido a que el realismo y las ciencias sociales se consolidaron simultáneamente. La novela y las ciencias modernas compartieron un proyecto político y epistemológico común, basado en la cientifización de lo social.

El vínculo entre identidad y alteridad se forjó sobre culturas consideradas como entes encerrados, en los que la nación se postulaba como el lugar de cultura por excelencia (Homi Bhabha). La transnacionalización del capital y su desarraigo, así como las migraciones internas y externas fracturan esa idea. Nos hallamos con una nueva noción de frontera donde centro/periferia son puntos separados por una distancia irreversible que se re-articula de modo más fluido y transversal debido a la nueva condición segmentada y diseminada del poder (translocal).

El Caribe, un curioso reguero de islas, se constituye en el espacio central dentro de los proyectos colonialistas. Antonio Benítez Rojo habla de la “máquina Caribe” y se pregunta: “En fin, ¿cómo dejar establecido que el Caribe es un mar histórico-económico principal y, además, un meta-archipiélago cultural sin centro y sin límites un caos dentro del cual hay una isla que se repite incesantemente —cada copia distinta—, fundiendo y refundiendo materiales etnológicos como lo hace una nube con el vapor del agua” (Benítez Rojo, 1998: 24). Una máquina que conecta el Atlántico y el Pacífico y que se convierte en modelo de colonialismo subsumiendo sangre indígena y negra. Un espacio donde la transculturación

cultural, como lo postula Fernando Ortiz, opera de modo central a partir de una economía basada en la plantación y el ingenio. Las sociedades de las islas sufren constantes reformulaciones. En los cambios de proyectos colonialistas el tráfico de esclavos alimenta la maquinaria económica, pero, al mismo tiempo, pone en riesgo la identidad de los últimos enclaves imperiales.

La isla de Cuba resulta atrayente para los peregrinos, que siguen la tradición de la *mirabilia* que inaugurara Colón en la construcción de América como botín. En *Ensayo político sobre la isla de Cuba* (1826) Humboldt cartografía la región y advierte sobre su carácter estratégico y sus particularidades: “Si para el imaginario imperial español la isla fungía en términos económicos y geográficos como dependencia de la Nueva España, para Humboldt esa situación comienza a cambiar radicalmente en las primeras décadas del siglo XIX: Cuba deja de ser la isla atlántica, blanca, conectada con Europa y las excolonias españolas, para entrar en un circuito antillano, negro. (Domínguez, 2021: 302).

La posibilidad de imaginar un continente negro y africano señalada por Humboldt será cuidadosamente elidida en las citas de los letrados criollos cubanos cuyos textos se basaban en las lecturas del explorador alemán, pero, al mismo tiempo, se debatían entre intereses personales e ideas de libertad. Estos, amenazados por los levantamientos de Santo Domingo y Haití, luchaban por “blanquear” sus sociedades sin perder la mano de obra.

Las mujeres viajeras del siglo XIX —siluetas “entre el abanico y la cigarrera”— metaforiza (Denegri, 1996) se nutren del repertorio romántico y aprovechan la experiencia de la ilustración, en un balance entre impresiones subjetivas y observaciones empíricas. Estas “exploradoras sociales” como las llama

Mary Louise Pratt miran y escuchan, confrontan con nuevos territorios y cuerpos. Hay una relación directa entre narraciones de viaje y ficciones costumbristas. Esta “etnografía de mujeres” centrada en los roles sociales de las mujeres, hecha por mujeres, recrean un mapa visual, cognitivo y emotivo de un horizonte social combinando tres factores, según Adriana Méndez Rodenas: los métodos, el objeto de estudio y la circunstancia. Las mujeres europeas reconstruyen culturalmente al Otro en nuestra América codificando métodos de participación y observación, detallada descripción y aproximación a culturas y maneras. Los viajes de mujeres producen “escenas etnográficas” acerca de la población del Nuevo Mundo¹.

Me interesa contrastar los relatos de dos viajeras trasatlánticas que, hacia la mitad del siglo XIX, llegan a Cuba, donde la economía modernizada ha transformado la plantación en un emprendimiento industrial basado en la tecnología y el tráfico de esclavos. Las viajeras provienen de geografías distintas y nos entregan, a través de sus palabras, retratos de costumbres y cuadros de la naturaleza. Escritoras consagradas toman posiciones frente a la esclavitud. Sus libros están escritos en forma de cartas dirigidas en particular a otras mujeres —la hija, la hermana, la amiga— dibujando una suerte de grupo familiar y solidario.

La cubana, María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, viuda de un general bonapartista, proviene de un linaje aristocrático. Fredrika Bremer,

1. “La historia del descubrimiento del Nuevo Mundo también fue escrita por mujeres viajeras, pero de una manera diferente. Al llegar al Nuevo Mundo, las mujeres europeas esperaban encontrar un propósito más allá del simple lucro material o la curiosidad científica, subvirtiendo así el cliché de descubrimiento y exploración establecido por los exploradores masculinos desde la conquista española. A pesar de las restricciones de género y los peligros del viaje, las mujeres europeas cruzaron el Atlántico por diversas razones, ya sea como esposas de diplomáticos, para reencontrarse con una familia que habían dejado atrás o simplemente para aventurarse en regiones desconocidas” (Méndez Rodenas, 2014: 1).

nacida en Noruega, descende de la alta burguesía sueca y une filantropía y feminismo. Las dos son figuras excepcionales: la primera, condesa de Merlin, es una *belle dame* que brilla por su glamour, así como por sus condiciones de cantante y escritora. La otra, una mujer estoica, es una novelista consagrada. Ambas están marcadas por el romanticismo.

El viaje de la criolla es un viaje en el espacio y en el tiempo marcado por la nostalgia, en un doble proceso de desconocimiento y reconocimiento que supone el re-encuentro con la patria que había abandonado a los doce años; llega a Cuba después de una breve estadía en el Norte. Merlin asume una actitud patriarcal y solidaria, denuncia la trata, pero defiende la propiedad de los terratenientes.

Bremer es una feminista asombrada ante el trópico, al que visita luego de una larga estadía en Estados Unidos donde se había contactado con abolicionistas. La sueca registra minuciosamente la naturaleza y la sociedad. Releva la situación de los esclavos en la isla; advierte la violencia en bohíos, trapiches y cañaverales e inventaría la naturaleza. Las dos mujeres con una diferencia de una década recorren el mundo urbano y rural. Merlin, acostumbrada a deslumbrar, anima las veladas de su tío y siente nostalgia por el mundo de antaño; Bremer, mujer observadora y estudiosa original, registra las heridas de los africanos y disfruta de los hogares patriarcales. En sus imaginarios narrativos las dos otorgan importancia a los ámbitos familiares, las casas.

El viaje a la semilla de la condesa

María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1789-1852) nace en La Habana y muere en París. Pertenece a una familia de ricos e influyentes terratenientes, es el fruto de la estrategia endogámica que refuerza la cohesión de la élite. El linaje materno une a los Montalvo y a los O'Farrell. Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas² era conde de Jaruco, encendido defensor de los intereses azucareros y promotor del uso de esclavos. Una estirpe aristocrática que se enlaza con la corte metropolitana.

Los primeros libros —*Mes douze premiere années; Histoire de Sor Inés, Souvenir y Mémoires de Madame la Comtesse de Merlin*— son relatos autobiográficos en francés que abrevan en la infancia solitaria en la isla y en el color local de su condición de criolla³. Criada en La Habana por su bisabuela y la negra Águeda, se rebela al ser internada en un convento. A los doce años viaja a España a conocer a su madre y sus hermanos. Participa de las actividades en la corte de la reina, disfruta del prestigioso salón literario de su madre. Allí conoce a figuras como Francisco de

2. El conde de Jaruco mantuvo estrechas relaciones con Francisco Arango y Parreño será el ideólogo fundamental de las reformas políticas necesarias en Cuba. Con su *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla* se inicia la titánica labor de reescribir la historia de Cuba con el objetivo de justificar el programa político de la aristocracia azucarera cubana, la sacarocracia. Los oligarcas habaneros viven un proceso de autoreconocimiento y legitimación. Arango es activo en fomentar la introducción de las vacunas, la máquina de vapor y demás adelantos que aumenten el desarrollo integral de la Isla. Todo por garantizar una fuerte estructura socio económica interna que ofrezca tranquilidad a su clase y les permita conquistar el mundo azucarero desde una Cuba transformada en plantación.

3. La Correspondencia íntima de la condesa resalta por la disolución de los límites entre ficcionalidad y realidad. Domingo Figarola-Caneda, biógrafo de Merlin, encuentra el epistolario que será publicado por su viuda, en Madrid, en 1928. Hacia 1836, la condesa conoce a Philarète Chasles, traductor de obras inglesas y alemanas, bibliotecario de la Biblioteca Mazarine y catedrático de lenguas y literaturas germánicas en el Colegio de Francia. Las cartas que Merlin le dirige siguen la evolución de una relación amorosa que cubre una amplia gama de registros.

Goya y Fernández de Moratín. Durante la invasión francesa la familia, siguiendo al General O'Farril, toma el partido de los Bonaparte. A la muerte del padre en Cuba, la madre se habría convertido en amante del nuevo rey. María Teresa se casa, por orden de José Bonaparte, con el oficial Antoine de Merlin que la duplica en edad. La rebelión española los obliga a huir a Francia en donde permanecerá hasta su muerte.

Su vida está marcada por los desgarramientos afectivos y espaciales. Desde su infancia se observa un continuo movimiento entre mundos muy distintos; tres patrias: Cuba/España/Francia. Esta situación particular, así como el uso de la lengua francesa, la coloca al margen del canon cubano. No sólo por el cambio continuo de lugares, sino también de nombres e idiomas. Gertrudis Gómez de Avellaneda, la reconocida novelista cubana, en su prólogo a la edición española de *Viaje a La Habana*, habla del destierro de Mercedes, marcando la similitud con la existencia de José María Heredia, el primer poeta nacional:

Desgracia es de Cuba que no florezcan en su suelo muchos de los aventajados ingenios que sabe producir. Heredia vivió y murió desterrado y apenas llegaron furtivamente a sus compatriotas los inspirados tonos de su lira. La señora Merlín escribe en un país extranjero y en una lengua extranjera, como si favoreciesen diferentes circunstancias la fatalidad que despoja las Antillas de sus más esclarecidos hijos (Santa Cruz, 2021: 9).

Cuba es su patria, pero en tanto parte de España. Ella es la criolla que convierte a Francia en su segunda patria. Cuando abandona Madrid, sus padres han muerto y ella, imitando el gesto materno, se integra a la alta sociedad parisina y crea un prestigioso salón literario. No sólo es una de las mujeres más elegantes de la élite, sino también una cantante eximia que acompaña a la famosa soprano María de Malibrán (cuya biografía escribirá). Cuenta con el apoyo político de

la sacarocracia cubana, realizando, como señala Susana Regazonni, tareas de mediadora:

El mérito de la Condesa de Merlin es el de haberse atrevido a participar en un debate internacional sobre argumentos difíciles, fuertemente polémicos, centro del interés mundial, donde ella, una mujer en un mundo de hombres intentó defender opiniones e intereses varios, a veces contrarios entre sí y para lograrlo empleó una mirada oblicua, que lograra expresar los matices de su punto de vista (Regazonni, 2013: 112).

Su obra literaria ha sido valorada por las escritoras George Sand y Sophie Gay; el académico Sainte-Beuve, Balzac, De Musset y Lamartine, entre otros. Balzac le dedica uno de sus retratos y el salón recibe al grupo cultural hegemónico en Cuba. Dentro de ese espacio la figura determinante es Domingo del Monte, protector del esclavo Juan Francisco Manzano y creador de la Academia Cubana de Literatura. Entre los integrantes se contaban al padre Félix Varela, Domingo del Monte, José Luz y Caballero y José Saco⁴.

Su primer regreso a Cuba obedece a diversas razones, no sólo sentimentales. Va a reclamar a su hermano Joaquín, convertido en conde de Jaruco, su parte de la herencia. Viuda con cincuenta años solo cuenta con la protección de los hijos. De manera adicional su trayecto espera lograr réditos literarios. El trayecto le demanda un enorme sufrimiento y el viaje en barco le resulta temible y le recuerda la travesía desde Cuba a España con el padre. Su corta estadía en Estados Unidos es anunciada en los diarios. En todo momento expresa una excesiva aversión a la obscenidad del crecimiento económico del Norte, ese

4. "Algunos intelectuales criollos como Félix Varela y José María Heredia, que eran partidarios de la independencia, reproducían el concepto *nación* en los años 20. Otros vinculados a las corrientes reformistas como José Antonio Saco; Domingo del Monte y José de la Luz Caballero preferían hablar de *nacionalidad*" (Rojas, 2008: 42).

mundo veloz y vertiginoso, con ciudades ganadas por la multitud, con nuevos modos de transporte. En esta posición influye su rechazo a la posición anexionista y a Inglaterra⁵. Detrás de su crítica a Estados Unidos está la confrontación entre los imperios que peleaban por la colonia. Los argumentos recuerdan los que se desarrollarán hacia fines del siglo XIX.

La sociedad estadounidense contravenía los tres aspectos en los que la condesa cifra una vida íntima plena: lo natural, la independencia y la soledad, tres productos extintos del escenario de progreso que la autora encuentra a su paso por el país norteamericano. Los ómnibus, como el vapor, cooptan el espacio privilegiado en el que acostumbraba a viajar como aristócrata: “uno se ve obligado, lo quiera o no, a viajar en el mismo coche con sesenta u ochenta personas que mastican tabaco, escupen y huelen mal”. Su rechazo hacia la multitud que le genera repulsión se magnifica tras su experiencia en el ferrocarril (Rojo, 2021: 64).

El viaje por mar a La Habana adquiere características diferentes, revela su preferencia por el antiguo barco a vela en lugar del barco a vapor. María Mercedes, agobiada de malestares en el cruce del océano siente un cambio significativo en la aproximación a Cuba. Su pluma se llena de nostalgia y disfruta el mar, el sol, las estrellas y se siente arropada por el calor, aunque sufra la violencia del huracán. Poco a poco avista la costa y no es casual que lo primero que vea sean las tierras de su familia. En el puerto sus parientes la reciben con los brazos abiertos. A medida que llega registra cambios tales como la presencia del morro y la cárcel de Tacón.

Se aloja en la casa de su tío el hacendado Juan Montalvo, una mansión donde vive la familia rodeada de esclavos. Aunque insiste en su condición de criolla, su extranjería se pone en evidencia: en su lenguaje, sus gestos y hasta en

5. Las cartas sobre el viaje a Estados Unidos han sido publicadas como *Antes de La Habana. El viaje a los Estados Unidos*. Maikel Gonzáles Vivero, traducción y prólogo. Madrid: Verbum, 2018.

su ropa. Ha pasado la mayor parte de la vida en otro mundo y su comportamiento delata la no pertenencia: la distancia con las mujeres de su clase, encerradas en los interiores, privadas de caminar por las calles y, al mismo tiempo, la ajenidad de las negras.

La narración utiliza diferentes tópicos, comunes en la época al momento de hablar del Nuevo Mundo –tropicalismo, neomundismo, pueblo joven–. Tópicos que servían para crear el imaginario en torno a los territorios colonizados, para: “legitimar una política colonial, o establecer una hegemonía” (Rojas, 2008: 21). Merlin piensa, al mismo tiempo, como europea y como criolla blanca. Ocupa el papel de criollo exótico, así como de europeo civilizado, que busca llevar la civilización a las tierras americanas. Parte de una visión extranjera —el mundo europeo— para configurar el modo en que el mundo americano debe avanzar. En todo momento el recuerdo de La Habana de la infancia actúa como tamiz. “La nostalgia de la patria lejana es el eje central de la obra de la Condesa” (Regazzoni, 2013: 35). Una patria que ha supuesto una doble ruptura marcada por el trauma de la separación y el abandono. Vuelve al “paraíso cubano” en la doble condición de nativa y extranjera. Sylvia Molloy marca:

El exilio que me interesa aquí, el de la condesa de Merlin, en particular, es de otra naturaleza. Mercedes Merlin encuentra su naturaleza *en* el exilio y *por* el exilio. Sólo desde la otredad con la que literalmente se ha aliado —se ha casado con un general francés, cuyo apellido toma y en cuya lengua escribe— puede llegar oblicuamente a la escena de la escritura. (Molloy, 1996: 120-121).

Cuando regresa a París escribe *La Havane* (1844), libro traducido al español con el título *Viaje a La Habana* el mismo año⁶. La versión completa, con el título *La Habana*, aparecerá en 1981. El original en francés consta de treinta y seis cartas, la traducción española, diez cartas sin destinatario, evitando ofender a los lectores hispanoamericanos. Las cartas están dirigidas a distintos personajes, en especial mujeres. Entre las destinatarias se destaca su hija mayor, la condesa Teresa Gentien de Dissay, y la escritora George Sand. La condición transfronteriza de la escritura se observa en:

el modo en que la escritura reinventa tradiciones disímiles y hace confluir matrices modernizadoras, urbanas con matrices locales, orales y populares. Lo particular, sin embargo, de ese procedimiento reside menos en el juego heterodoxo [...] entre diferentes sistemas, que en la mirada tráfuga sobre la que postula un lugar de enunciación. Esa perspectiva supone un espacio de libertad para nombrar y descentrar tradiciones, ubicar y desplazar imágenes y procedimientos, colocar al lector en una herencia e inmediatamente de-sujetarlo de esa matriz, para hacer de esa posición un puro tránsito que reconoce y extraña, manipula y desata (Calomarde, 2021: 75).

La ambivalencia se revela en la polémica dedicatoria a la autoridad española y a los cubanos. La mención al Capitán Leopoldo O'Donnell, Gobernador de Cuba, el cruel represor de la Conspiración de la Escalera. Con desenvoltura le solicita: “reformad las leyes, obtened una representación nacional para la Isla”. Este texto puede obedecer a la necesidad de sortear la censura en España, pero, sobre todo, a las circunstancias de la isla que ha dejado atrás.

6. Unos tres años antes publica el artículo sobre la esclavitud *Los esclavos en las colonias españolas* donde afirma “Nada más justo que la abolición de la Trata de negros, nada más injusto que la emancipación de los esclavos. Si la trata es un abuso insultante de la fuerza, un atentado contra el derecho natural, la emancipación sería una violación de la propiedad, de los derechos adquiridos y consagrados por las leyes y un verdadero despojo” (Merlin, 2024: 7).

La segunda dedicatoria interpela a los compatriotas. En ella se propone como intermediaria: “Hija de La Habana, me siento feliz de dar a conocer a España las necesidades y los recursos de su colonia”⁷.

Alejandra Vela Martínez considera que la escritura de la condesa se arma a partir de dos ejes principales:

Por un lado, Europa, con su centro cultural en París; por otro, el hombre, el varón como aquel que regía el orden y el modo de ver el mundo. Es en medio de estos dos frentes en donde la condesa de Merlin se coloca: siendo ella un Otro de lo masculino y siendo una céntrica excéntrica (francesa adoptiva, cubana nativa), el lugar a partir del cual se enuncia como sujeto es al mismo tiempo problemático y único, lo que ayuda a entender algunas de las razones por las cuales es difícil situarla dentro de un circuito literario concreto que a esos países lejanos (2013: 10).

La escritura de Merlin surge en una etapa crítica que sumió en la ambigüedad a las posiciones de muchos de los intelectuales de la colonia. Los blancos viven bajo la amenaza de la rebelión de Haití y la República Dominicana. En el pacto de lectura Merlin deja clara su defensa de los propietarios de esclavos a pesar de su oposición a la trata. Un anticipo del libro, que se dio a conocer con anterioridad —*Los esclavos en las colonias españolas*— se arma como ensayo. Llama la atención que a lo largo de sus textos se elude toda referencia a la revuelta negra haitiana, el fantasma más temido. El otro fantasma es el de la anexión norteamericana, Merlin brega por la continuación del dominio español.

7. Caballero Wangüement señala que es interesante la relación existente “entre el salón y la carta como los espacios culturales femeninos por excelencia, ya que regulan y canalizan la palabra de la mujer.” (Merlin, 2006: 15) Como bien dice, esto posibilita “un cambio radical en la construcción del yo, que se autor representa según pautas estratégicas (Merlin, 2006: 15).

La literatura de viajes de ese período da cuenta de la manera en que coexistían, bajo una misma epistemología, las nociones de raza como linaje y raza como tipo. Mientras muchos apelaban todavía al sistema de castas, basado en el concepto de herencia sanguínea, la concepción biológica de raza, centrada en la tipologización de lo social, aparecía ya en las descripciones de otros viajeros y se consolidaría, posteriormente, en el costumbrismo decimonónico (Domínguez, 2021: 49).

Viaje a La Habana expone la constitutiva ambigüedad del lugar del desterrado; vale decir, del sujeto que se acerca a su patria natal con ojos extraviados y familiares a un mismo tiempo, para provocar, en ese gesto, la puesta en cuestión del archivo. Lo paradisíaco y lo infernal habita en sus figuraciones, un registro marcado por la mirada romántica y la experiencia de la falta. Puede considerarse como escritura del regreso, deseante “ficción” en tanto creación del espacio imaginario por vía del deseo, un espacio reinventado y desterritorializado por la experiencia de la patria perdida y reencontrada. Su regreso a Cuba en mayo de 1840 en la fragata “Cristóbal Colón” ofrece un tentador paralelo con el viaje de “descubrimiento”. Ella pone su mirada en la costa del Caribe y “descubre” al mismo tiempo que sus lectores las radiantes montañas y la topografía exótica admirada por Colón. Los dos colaboran en el proceso de la “invención” de América, la cual, en el siglo XIX, todavía es objeto del deseo europeo y reflejo de su miopía imperialista.

¡Estoy extasiada! Desde esta mañana respiro el aire tibio y amoroso de los trópicos, este aire de vida y entusiasmo, lleno de suaves y dulces voluptuosidades. El sol, las estrellas, la bóveda etérea, todo me parece grande, más diáfano, más espléndido. Las nubes no se pasean a lo lejos en el cielo, sino en el aire, cerca de nuestras cabezas, con todos los colores del arco iris; la atmósfera es tan clara, tan brillante que parece impregnada de un polvillo de oro (Merlin, 2021: 93).

¡Salud, isla encantadora y virginal! ¡Salud, bella patria mía! Siento en los latidos de mi corazón, en el temblor de mis entrañas, que la distancia ni los largos años de ausencia han entibiado mi primer amor. Te amo y no podría decir por qué, te amo sin indagar la causa, como una madre ama a un hijo y el hijo a su madre; sin darme cuenta de ello y sin querer dármelo por temor a disminuir mi felicidad... (Merlin, 2021: 22).

El peregrinaje se compone imaginariamente como vuelta y reapropiación que logre quebrar “la indiferencia (con las que hoy) me ven volver”. Según Méndez Rodenas, la afrancesada criolla resuelve la tensión entre el sujeto europeo y la otredad mediante la afirmación de su cubanidad en la escritura. Es esa operación la que funda una genealogía que no ha sido reconocida por la historia de la literatura cubana. Las imágenes de La Habana se encuentran atravesadas por los dispositivos discursivos de la política de la intimidad decimonónica y de la política pública colonial con una fuerte impronta romántica. El diario de viaje apela a la intimidad de las cartas, es la escritura de un regreso fallido, un viaje de ida como ficción del desecho –escribir/borrando la marca letrada– y un viaje de retorno –como ficción deseante– que configura, frente a la geografía, un acto de seducción y reapropiación y un redescubrimiento de su propio lugar como cubana. En ese sentido insiste en el cotejo entre el presente y el pasado.

En el triángulo geográfico dibujado entre Cuba, España y Francia, su figura puede ser caracteriza como un sujeto entre fronteras, o como “sujeto romántico híbrido” (Méndez Ródenas, 2008: VII), designaciones que enfrentan los límites de la atribución de un origen, tan necesaria como ya vimos para cierta historiografía literaria; los límites de la asignación de una clase, compleja dinámica que traza el hecho de escribir como mujer en Europa y, desde ese margen del centro, escribir sobre un ascendente proceso hegemónico de otro margen: el proyecto criollo de la emancipación (Girona, 2011: 12).

Viaje a La Habana se diferencia de sus textos anteriores que narran experiencias del pasado. Pero, como Félix Tanco declaró, ella era “casi extranjera en su misma patria” (Bueno, 1974: 30) y en este “casi” Merlin arriesgaba su obra. Tanco la acusa de violar “el papel casto y sumiso de la mujer”. Esto demuestra hasta qué punto era mal visto incluso entre los intelectuales de la época el que una mujer empapase su pluma en un pergamino. “Ha visto la isla de Cuba con ojos parisienses y no ha querido comprender que La Habana no es París”.

Mientras en Europa se distinguía por sus raíces americanas y ella se empeñaba en construir un discurso criollo, sus paisanos le reconocen una distancia extranjerizante. Sin ánimo de entrar en detalles sobre los comentarios que ocasionó esta estancia y la ambigua recepción que provocó después la publicación de *La Havana* en estos círculos, es preciso no perder de vista las circunstancias de su redacción puesto que responden a distintos cometidos: sus compatriotas reformistas del grupo delmontino le habían encargado en secreto, ofreciendo para ello todo tipo de ayuda, inclusive sus propios textos, la preparación de un libro sobre Cuba que, escrito por ella, sin duda en aquel entonces, la más conocida de las plumas de la Isla, encontraría en Europa la resonancia que sus pobres voces provincianas no podrían alcanzar [...]. Por otra parte, tanto su viaje y el reencuentro con su familia —que la había marginado de sus bienes patrimoniales—, como el libro que resultaría de él, contribuirían a reponer la economía de la Condesa, seriamente afectada (Campuzano, 1997: 148-9).

En esta frontera imperial planea la “tierra de promisión” que Merlin expone (2021: 108) y la naturaleza cubana que brinda, como antes para los descubridores europeos, abundancia y opulencia, bosqueja una dimensión paradisíaca y productiva; como para ellos, es una página en blanco que invita a la fundación y le lleva a afirmar que “Cuba no tiene historia” (2021: 92). Busca la manera de generar un texto que a ojos de los europeos sea interesante, por lo que incorpora lo que considera que puede llamar la atención de sus lectores. Se basa menos en su experiencia que en crónicas y libros en los que consigue información que interese a su público. De este modo, su obra puede entenderse como autoetnográfica ya que se trata de un texto que “los otros [la condesa] construyen en respuesta a o en diálogo con las representaciones metropolitanas que existen de ellos mismos.

A Cuba le falta la poesía de los recuerdos; sus ecos solo repiten la poesía de la esperanza. Sus edificios no tienen historia. El habanero vive en lo presente y en lo porvenir; su imaginación y su alma no se mueven sino ante la prodigiosa naturaleza que les rodea; sus palacios son las gigantescas nubes que besan el sol en su ocaso; sus arcos de triunfo la bóveda de los cielos; en lugar de obeliscos tienen palmeras; en lugar de escudos feudales la pluma resplandeciente del guacamayo, y en lugar de cuadros de Murillo y de Rafael los negros ojos de sus mujeres, iluminados por los rayos de la luna, y brillando al través de las rejías de su ventanas (Merlin, 2021: 95).

A la crónica de viajes y costumbres se agregan relatos de tradiciones como los bailes del campo, los velorios, los paseos por la ciudad, las costumbres. Pueden reconocerse fragmentos de *El guajiro* de Cirilo Villaverde y *Una pascua de San Marcos* de Ramón de Palma, materiales que le facilitó el grupo delmontino. Incluye historias que provienen de textos ajenos y recuerdos de la infancia,

muchos de ellos de neto corte romántico. Además de datos acerca de la isla que evidentemente la condesa extrajo de materiales diversos. La extrañeza de lo familiar recuerda la tremenda lejanía en la que se había resguardado y confronta la diferencia en la semejanza (Méndez Rodenas, 2008: VIII).

Merlin consigna la dificultad de reconocerse con su propio grupo social, para el que se ha convertido en extranjera, es la otra. Al describir a las mujeres habaneras, Merlin muestra admiración por la suntuosidad de su ajuar (batista, almidones, encajes) y se compara con ellas: “Piénsese el efecto lamentable que harían al lado de este lujo maravilloso mis camisas de sencilla tela de Holanda y mis pobres medias de hilo de Escocia” (Arambel Guiñazi y Martin, 2001: 77) y sigue diciendo:

Pero lo que fue un verdadero escándalo para todos fueron mis desgraciados zapatos de cuero marroquí descubiertos en el fondo de mis baúles: —¡Jesús María! exclamaron, ¿qué es eso?... ¡Esos zapatos para tus pies en la Habana! ¡Oh! —Me sentí verdaderamente mortificada ya que no comprendían que mi piel se hubiese endurecido en Europa hasta el punto de poder soportar el suplicio de esos zapatos. Y no obstante pensaba con amargura, ¡yo tengo tanta dificultad en caminar como las demás mujeres de Europa!” (Arambel Guiñazi y Martin, 2001: 77).

Al retornar sobre los pasos perdidos el espejo le devuelve una imagen distinta en un juego enmarañado de miradas. Como les pasa a sus zapatos europeos que no encuentran lugar entre los delicados escarpines de las habaneras que no caminan y se mueven en los quitrines⁸. Merlin destaca con la presencia

8. Si bien la volanta o quitrín libraba a las jóvenes de la casa colonial, ese reducido espacio también enfatizaba las jerarquías clasistas, raciales y de género. Simplificaba, además, el contacto con la vida urbana. De hecho, debido a su recorrido en ella, la condesa tiene una visión restringida de La Habana. La velocidad, la altura y el movimiento codificaban una experiencia empobrecida en comparación con el acceso de los grupos pobres y trabajadores que sí transformaban y vivían la urbe (Rojo, 2022: 10).

de la volanta la estabilidad que la economía de plantación y el respaldo de la metrópoli le brindaron a la colonia durante cuarenta años. Merlin queda atrapada en el espacio de frontera, intentando recomponer un sujeto fragmentado cuya escritura busca una compleja traducción de dos culturas y solo logra construir una máquina del tiempo.

Su recorrido por las casas familiares la reencuentra con las casas de su infancia: la del padre, la de la tía, la de mamita. Ella pertenece, por nacimiento, a la Cuba grande, la de los cañaverales y cafetales, la de los ingenios y las plantaciones. Pero su experiencia personal se reduce a La Habana. Los textos costumbristas del Grupo Del Monte le proveen las historias de guajiros y los relatos de amor. La invención del criollo es propia del grupo de intelectuales que proponen el costumbrismo como imaginario literario de la nación imaginada.

A pesar de que la condesa enfatiza las diferencias entre los distintos tipos de embarcaciones, transporte terrestre y vida urbana con solapadas intenciones políticas en su regreso a La Habana, vía Londres y Estados Unidos. Con este acercamiento a *La Havana*, identifico que la preferencia de la condesa por el barco de vela y la volanta, y el concomitante rechazo al vapor, el vagón y los ómnibus, responden al plan latente de futuro que propone para la colonia (Rojo, 2022: 47).

En cuanto a la situación de los negros se observa que su posición en *Mis primeros doce años* era mucho más progresista, en especial por la condena decidida del maltrato a los esclavos, incluso por parte del padre. En *La Havana* adhiere cuidadosamente a una actitud conservadora, defendiendo la situación patriarcal a la que están sometidos los esclavos. Se siente identificada con Colón frente a su tumba, fantasea con una estirpe indígena y busca los restos de los suyos en el cementerio patricio.

Según Rafael Rojas, en la historia de Cuba el patriotismo criollo puede llegar a ser más reformista y monárquico —como en el caso de Saco y Del Monte— que republicano y separatista —como en Varela y Heredia—. El tránsito del patriotismo criollo al nacionalismo cubano se extiende desde mediados del siglo XIX hasta 1898 y produce una ampliación social y racial de la subjetividad nacional. Está ausente un discurso propiamente romántico de la nación basado en la identidad racial, lingüística o religiosa. La tierra que se domina y cultiva, la patria por la que se derraman sangre y se sacrifican fortunas, junto con el linaje patricio archivado en la memoria de la nación, son los grandes temas del discurso criollo. La patria era el don de los criollos libres. Es insistente el idilio con el paisaje criollo. Conceptos como patria y nación están unidos a tierra, sangre y memoria. La condesa se encuentra entre los conceptos de patria y tierra.

Una sueca entre palmeras y cocuyos

“No fue una velada feliz; porque, aunque cosieron como tenían por costumbre mientras la madre leía en voz alta obras de Bremer, Scott y Edgeworth”. En este fragmento de *Mujercitas* de Louise May Alcott, se cita a Fredrika Bremer. Llegó a ser considerada la Jane Austen sueca. Nacida en la ciudad finlandesa de Turku en 1801, a los tres años su familia la traslada a Estocolmo. Crece en un ambiente burgués autoritario dominado por la figura del padre donde, sin embargo, consiguió evitar el destino del matrimonio. Defendió su independencia y se dedicó a la literatura y la militancia feminista. Sus novelas, de molde romántico, se centran en vidas de mujeres. En 1851 llegó a La Habana tras haber estado en Estados Unidos. Aunque desconoce el idioma español, su

fama como escritora la precede. En unos días sus anfitriones, casi todos europeos, la tratan, según sus palabras “como a una hermana o a una amiga”. Siempre es la extranjera que no maneja el idioma y viene de un país culturalmente lejano.

La notoriedad internacional de Bremer haría que las cartas que escribiera a su hermana Agathe desde Norteamérica y Cuba, entre los años 1849 y 1851, aparecieran traducidas al inglés en tres volúmenes con el título *The Homes of the New World: Impressions of América* (1853). En esas páginas, la viajera recoge sus impresiones sobre el paisaje, las costumbres, las poblaciones, las instituciones y la esclavitud en las Américas. El último volumen está dedicado a Cuba y nos provee de un excelente instrumento, en el que se entrecruzan la literatura de viajes y la antropología, para entender las maneras como circuló El Caribe en el imaginario europeo⁹.

La llegada del barco la enfrenta a la belleza de la ciudad de La Habana, el mar le produce la sensación de renacimiento. Siente un gran interés y curiosidad por todo lo que ve: su arquitectura, sus monumentos, sus paseos. Expone las ocupaciones y las actitudes de las clases sociales que más frecuenta y a las que

9. Bremer escribió las cartas en sueco y la primera edición en ese idioma se hizo en los años 1853 y 1854. La edición contó con tres volúmenes, los dos primeros salieron en 1853 y el tercero en 1854. Como afirma Laurel Ann Lofsvold, en *Fredrika Bremer and the Writing of the América*, todas las cartas de su viaje por las Américas aparecieron primero en inglés que en sueco. La primera traducción al español, *Cartas desde Cuba*, se realizó en 1981 y solo contempla las cartas que Bremer escribió en la isla. A esta primera edición en español, le siguió otra en el 2002, que reproduce la anterior. Bremer se convirtió en la referencia más importante para los viajeros norteamericanos que llegaron a Cuba durante las décadas de 1850, 1860 y 1870. Richard Henry Dana, George W. Williams, Octavia Walton Le Vert y Julia Ward Howe no solo leyeron sus cartas, sino que algunos repitieron el itinerario de Bremer en la isla. De la popularidad de su libro en Estados Unidos y en Europa da prueba Judith Johnston: «The American edition went through five printings in the first month and the ‘book was also translated into Danish, Dutch, French, and German, receiving numerous reviews in Europe’» (Johnston, 2016: 159).

todo separa: los blancos ricos y la población de color. La vida mundana y ociosa de unos, frente a las agotadoras jornadas de los otros. Describe tipos, fácilmente identificables, como la mulata, el calesero, el negrito, la española. Sus palabras van acompañadas con dibujos en los que plasma la vida y la naturaleza cubana.

Todo esto, los rostros y las costumbres de la población de color, las volantas que se deslizan, silenciosas por acá y por allá, entre las filas de casas, dan a La Habana una vida propia, romántica e interesante, que no se parece a la de otras ciudades que yo he visto, especialmente, no se parece a las ciudades de Inglaterra o de América del Norte (Bremer, 1981: 23).

Por todas partes techos planos, con sus parapetos de piedra o de hierro y urnas con llamas de bronce. No comprendo dónde están los fogones ni qué hacen con el humo. La atmósfera de la ciudad es transparente como el cristal. La ciudad tiene un aspecto especial (Bremer, 1982: 27).

Se comporta como lo que Mary Louise Pratt denomina “exploradora social” y sus exploraciones no se limitan a la zona urbana. Se jacta de su condición de caminante que la diferencia de las mujeres que se mueven en calesas. La viajera se pone en contacto con amos y esclavos, recopila información sobre las costumbres: las comidas de los criollos, la dieta de los esclavos (basada en el consumo de arroz, tubérculos, carne ahumada y pescado salado), el suicidio (en su mayoría lucumíes), las horas de sueño y descanso, el manejo y gobierno de las plantaciones, la vivienda y el trabajo, la elaboración de la caña de azúcar, la vegetación tropical. Su mirada es detallada y aguda. Su posición frente a la esclavitud era ambigua. La abolición debía ocurrir mediante un proceso gradual que contemplara, primero, la educación de los esclavos; segundo, la liberación paulatina y, por último, la relocalización de los ex esclavos al continente africano.

El libro, escrito cuando vuelve a Suecia, emplea la carta como género propicio para abordar sus experiencias. Como documenta Lofsvold, primero pensó utilizar el formato novela (1999: 15-18); pero, después comenzó a vacilar y descartó el género novelístico en favor del epistolar, que le permitiría establecer un pacto de veracidad con el lector. La carta captura el aquí y el ahora del viaje; retiene el sentido de inmediatez y cercanía que termina validando su experiencia. Pero no es tan solo que la carta pertenezca, en alguna medida, a los géneros protoantropológicos de la época, sino que, además, opera en la dimensión filial y política de la sororidad: cartas escritas por una mujer que tienen como destinatario a otra mujer, a su desaparecida hermana Agathe, en un momento clave para el surgimiento del feminismo¹⁰.

El conocimiento antropológico proviene de fuentes diversas. La primera es la lectura de relatos de viajes: al llegar a las Américas, la viajera ya tenía conocimiento de las culturas de origen africano, obtenido de la literatura de exploradores y viajeros al África. Muchas de las ideas que detalla sobre las poblaciones negras, libres y esclavas, derivan directamente de *Travels in the Interior Districts of África* (1799) de Mungo Park. La segunda fuente son los hacendados, comerciantes de esclavos y médicos. La viajera reconoce que gracias a estos últimos llega a afinar su conocimiento sobre las distintas naciones africanas. El saber antropológico esclavista consistía en poder diferenciar las diversas naciones africanas según sus características físicas y las maneras de tatuarse. La tercera fuente es su propia experiencia viajera: la viajera frecuenta los bailes de

10. Una novela biográfica que enriquece la lectura es *Fredrika en el paraíso* de René Vázquez Díaz Monte, Ávila Editores Latinoamericana, 2000.

los esclavos, visita los barracones y las comunidades de negros libres; registra historias personales de esclavos y libertos.

No se conforma con conocer la ciudad de La Habana, se interna en Matanzas y recorre el Valle de Yurumí. Se aloja en plantaciones y cafetales, llega hasta San Antonio de los Baños¹¹ en casas lujosas y humildes, casi siempre europeas. Lleva siempre consigo su cuaderno de dibujos —una parte del cual será donado a la Reina Cristina de Suecia—. “Dibujo árboles, flores, frutas y pájaros a mi alrededor, y constantemente experimento una especie de desesperación por no poder alcanzarlo todo en el corto tiempo que todavía pasaré aquí” (Bremer, 1981: 181).

Su escritura se detiene en las distintas formas de la naturaleza y del arte: pinta, dibuja y toca el piano; se siente atraída por la música de los salones, pero también por las de los guajiros. Incorpora al esclavo dentro de su álbum de pinturas: junto a los retratos realizados de anfitriones y hacendados, se destaca la imagen de negros como Carlo Congo. Lo que más le atrae es lo que oye y ve en los barracones. Escuchar el ritmo del tambor y ver bailar a los negros le fascina hasta tal punto que, a veces, intercede frente a sus anfitriones para que permitan a los esclavos tocar sus instrumentos, cantar y bailar delante de ella.

Los ingenios Ariadna y Santa Amelia, localizados en los alrededores de Matanzas, y el cafetal La Concordia, situado en San Antonio de los Baños, son tres ejemplos. El primero pertenecía al hacendado francés Chartrain, nacido en Santo Domingo; el segundo formaba parte del patrimonio de una familia

11. Gran parte de los argumentos postulados a favor de la emancipación e igualdad de la mujer provino directamente del abolicionismo atlántico: el discurso antiesclavista se convirtió en la plataforma política, civil y social para el emergente movimiento feminista. Como ha documentado Laurel Ann Lofsvold, desde la llegada de Bremer a los Estados Unidos, la viajera se codeó con importantes abolicionistas, desde Lucy Stone hasta Lucretia Mott y Frederick

norteamericana de apellido Coninck, y el tercero era propiedad de la señora Contreras, también de origen francés. Con los provenientes de la isla vecina sobresalen historias personales de la Revolución haitiana: Chartrain y Contreras habían logrado escapar de la colonia francesa al comenzar la sublevación de esclavos gracias a la intervención de sus más leales vasallos. También explora la vida en los cafetales más benigna en todo sentido.

En La Habana siente un gran interés y curiosidad por todo: su arquitectura, sus monumentos, sus paseos, sus jardines: “Las palmeras ¡No me canso nunca de contemplar sus copas agitadas por el viento y la ondulación suave y majestuosa de sus ramas! Están llenas de poesía y belleza” (Bremer, 1981: 139). Expone las ocupaciones y las actitudes de las dos clases sociales que más frecuenta y a las que todo separa: los ricos y los negros. La vida mundana y ociosa de unos se opone a las agotadoras jornadas de los otros. “Los rostros y las costumbres de la población de color, las volantas que se deslizan, silenciosas por acá y por allá, entre las filas de casas, dan a La Habana una vida propia, romántica e interesante, que no se parece a la de otras ciudades que yo he visto, especialmente, no se parece a las ciudades de Inglaterra o de América del Norte” (Bremer, 1981: 27).

Bremer no se limita a lo que alcanza a ver desde la ventana, sino que llega al centro mismo de la esclavitud: a diferencia de la literatura de viajes femenina que coloca el espacio privado en el centro de la narración (Pratt, 1997: 154-157), la viajera convierte la visita a los barracones en parte de su rutina diaria. Como observadora se filtran en Bremer importantes debates de las ciencias naturales de las últimas décadas del siglo XVIII, que, al mismo tiempo, marcaron la formación de las ciencias sociales a lo largo del siglo XIX. El primero de ellos se erige a partir

de la dicotomía naturaleza/cultura y contempla, además, la noción de “salvaje” (Domínguez, 2001: 329).

Desde sus fuertes convicciones religiosas baptistas critica la lasitud de las prácticas católicas. Se escandaliza de las iglesias vacías y la falta de devoción. En la isla observa con preocupación la falta de ocupaciones y la ostentación de las mujeres en una vida aburrida y monótona de encierro. No parecen tener demasiadas inquietudes intelectuales o espirituales en su retiro campestre. Al mismo tiempo admira a las matriarcas que lideran sus plantaciones o sus grandes familias.

Como no habla castellano, su aproximación directa a la población esclava es muy limitada, pero, a pesar de la barrera de la lengua, no duda en servirse de otros como intérpretes para comunicar con los negros esclavos o libres. La Cuba que Bremer visita es de gran complejidad. Por un lado, la isla había quedado al margen de la emancipación de las colonias europeas en el continente americano. Por otro, se había convertido en el primer productor azucarero del mundo gracias a la mano de obra esclava y a un importante desarrollo tecnológico: iluminación por gas, servicio telegráfico; ferrocarril antes que en España, etc. Es políticamente dependiente de España y económicamente cada vez más dependiente de Estados Unidos. Bremer se desplaza de una casa a otra y la mayoría de sus anfitriones son extranjeros.

Disfruta mucho aprendiendo y descubriendo cosas y personas que le han sorprendido y emocionado: “He gozado y gozo mucho en Cuba, en alma y cuerpo, he engordado y rejuvenecido aquí... Todo el tiempo se me presentan nuevos objetos e imágenes que me animan a copiarlos o a utilizarlos.” (Bremer, 1981: 139), pero también ha visto que todo lo que se produce y crea riqueza en esta isla tiene que ver con los negros esclavos o libres. Sus sentimientos son contradictorios

ya que van de la admiración por la armonía, la belleza, la abundancia de este paraíso a la depresión y la impotencia que le produce ver de cerca la corrupción, la deshumanización de la sociedad que entraña la esclavitud: “Cuba es a la vez el infierno y el paraíso de los negros” (Bremer, 1981: 54). Como la palmera que en su majestuosidad da cobijo a la planta venenosa.

Una de las estrategias que utiliza para referirse a sí misma y autorepresentarse en la narración, al ser interceptada por la mirada de esclavos y negros libres, es el uso de la tercera persona. En ese sentido, su relato pasa de la primera a la tercera persona y viceversa en base a un juego de percepciones y miradas. La coexistencia de lo visual y lo aural configura dos formas de percepción correspondientes a registros discursivos diversos y en tensión en las cartas de Bremer: lo visual se asocia mayormente al discurso de las taxonomías antropológicas que clasifican al esclavo como “categoría” ligada a cierta legibilidad del cuerpo; lo aural, en cambio, pertenece a la contingencia de los relatos de vida que los hacendados y los esclavos le narran a la autora/escucha y que se insertan a su vez en su propio relato autobiográfico de viaje produciendo, mediante ciertos enunciados identificativos, una disolución retórica entre sujeto y objeto.

Llevo más de una semana viviendo aquí, en el seno de la esclavitud, y durante los primeros días de mi estancia me he sentido tan deprimida por eso, que no he sido capaz de hacer casi nada. Muy próximo a mi ventana... tengo que ver todo el día a un grupo de negras moverse bajo el látigo, cuyo chasquido, al resonar sobre sus cabezas (aunque en el aire), las mantiene trabajando constantemente, junto con los gritos impacientes y repetidos del capataz (un negro): «¡Arrea!, ¡Arrea! (date prisa, anda). Por las noches —toda la noche—, oigo sus fatigados pasos, cuando extienden a secar las cañas de azúcar machacadas que sacan del trapiche (Bremer, 1981: 35).

Auralidad y visualidad, se entrecruzan y desestabilizan en el texto de Bremer, a diferencia de la literatura de viajes femenina que coloca el espacio privado en el centro de la narración (Pratt, 1997: 154-157), la viajera convierte la visita a los barracones en parte de su rutina diaria (Bremer, 1981: 27). No solo observa, conversa, camina, sino que dibuja. Como observadora, se filtran en Bremer importantes debates de las ciencias naturales de las últimas décadas del siglo XVIII, que, al mismo tiempo, marcaron la formación de las ciencias sociales a lo largo del siglo XIX. Daylet Domínguez los enumera y considera que se encuentran presentes en la obra: El primero de ellos parte de la dicotomía naturaleza/cultura y contempla, además, la noción de “salvaje”. El segundo se relaciona con la idea de que la belleza o fealdad exterior de una persona podía reflejar su calidad moral; la apariencia externa y, en particular, el rostro, revelaban los vicios o las virtudes internas del individuo. La identidad quedaba fijada al cuerpo en tanto el conocimiento antropológico se establecía a partir de una correspondencia entre las características físicas y psicológicas. El tercer debate que sale a relucir proponía que era posible establecer generalizaciones para un grupo étnico teniendo en cuenta las características de un representante de esa nación o “raza”. A partir de los atributos físicos de un individuo era posible determinar las características corporales y psicológicas más significativas de esa comunidad (Domínguez, 2001: 181).

Desde el ingenio Ariadna, Bremer detalla a su hermana la manera en que el baile le permite articular su conocimiento antropológico: si bien el baile africano se define por el hecho de que se ejecuta por un hombre y una mujer, cada nación presenta sus propias variaciones: las diferencias físicas entre congos, mandingas, lucumies y carabalíes se suman entonces las diferencias danzarias.

El cuerpo semidesnudo del esclavo despierta en Bremer una curiosidad marcada por la atracción y el erotismo: apela, entonces, a la categoría de lo pintoresco para describir su fascinación. Dicha noción coloca a Bremer en el campo de lo exótico, pero también de lo estético. La condición de “salvaje” es la causa por la cual el cuerpo del esclavo se concibe como modelo de belleza y como objeto artístico. En otro de los pasajes dedicados a la danza africana, Bremer describe al esclavo Carlo Congo, quien se convierte en un personaje importante dentro de sus cartas: no solo porque lo individualiza en medio del baile, sino porque llega a dibujar su cuerpo semidesnudo.

Frente a las características físicas y psicológicas de las naciones africanas, Bremer recrea al esclavo desde su condición de sujeto: como oyente salen a relucir en sus cartas microhistorias de esclavos, que funcionan como modelos dentro de la comunidad de origen africano: la trágica historia de Cecilia, la de la pareja de negros ancianos, la de Pedro. La viajera escucha y transita de la antropología a la literatura, recreando las historias de vidas que figuran en sus cartas como eficaces documentos abolicionistas. En ciertos momentos llega a la conclusión de que, a pesar de los sufrimientos, los esclavos parecen felices.

En el cementerio de Colón comprueba que tampoco hay igualdad en el entierro ni en los ritos que acompañan a la muerte para blancos y negros:

Los cuerpos de los ricos estaban colocados en los altos muros, con inscripciones doradas; a los pobres se les enterraba en la tierra, sin ningún documento, sin la menor mata verde sobre ellos, sin la menor flor o arbusto que hablara de la vida luminosa. Y allí, en el Campo Santo, había un gran terreno donde se podían ver pilas y muros de huesos y calaveras amontonados. Era el cementerio de los esclavos negros. Pues aquí está prohibido enterrar a los esclavos negros en ataúdes; los cuerpos desnudos o medio desnudos son arrojados sobre la tierra, y encima se echa cal o ciertas clases de otras tierras que consumen rápidamente la

carne. Y al cabo de ocho o quince días se destierra, con el fin de dejar sitio a otros, y los huesos se amontonan a un lado para que se sequen al sol (Bremer, 1981: 194).

En su caso, la identificación se puede leer como principio de sociabilidad y empatía con el “otro”, una especie de “travestismo cultural”, siguiendo la metáfora de Jossianna Arroyo, para quien, este concepto designa “un lugar en la representación que muestra estos ‘llamados a ser’ del otro, en los que el sujeto de la escritura ‘se pierde’ en el otro estratégicamente para poder representarse a sí mismo”¹² (Arroyo, 2001: 20). Al apropiarse de frases, comidas y gestos de los esclavos, Bremer experimenta un rol cultural diferente, el desdoblamiento le permite entrar y salir de los patrones culturales establecidos. La mimesis se entiende entonces como un espacio de descubrimiento y reinención personal, al mismo tiempo que se convierte en un lugar de paso al saber antropológico del “otro”. Resulta particularmente interesante el dibujo de la escritora frente a la palma donde ella se ve a sí misma como la observadora. El descubrimiento de la naturaleza deslumbrante queda resumido en esa palma asediada por otras plantas.

La lejanía cultural, social, racial, incluso religiosa le permite a Bremer ser el espejo que muestra costumbres y algunos vicios de las clases dominantes para provocar una reflexión y un cambio en su comportamiento. Sin embargo, sus posiciones no son radicales ni en política, ni en religión. Su imparcialidad

12. La integración del cuerpo del otro en el discurso nacional plantea los problemas de la representación —racial, sexual y de género— de ese cuerpo y las distintas máscaras a las que tiene que recurrir el sujeto de la escritura. A esta estrategia de representación la identifico como travestismo cultural. El travestismo cultural como estrategia de identificación con el otro, surge de los juegos de poder propios de la representación y es por esto que el cuerpo del otro se figura desde la raza, el género y la sexualidad” (Arroyo, 2003: 5).

está en entredicho, su mirada no es neutra ni inocente si tenemos en cuenta que critica solapadamente a las clases altas que, por otra parte, son las que la acogen y para los que tiene siempre palabras de agradecimiento y de benevolencia por la hospitalidad recibida o por la forma de tratar a sus esclavos. Pero, sus juicios de valor y comparaciones también le sirven para poner de manifiesto el desfase entre Europa, América del Norte y Cuba. En la carta del 8 de mayo se despide de la isla:

Por última vez he visto sus bellos palmares, sus abigarradas y relucientes casas, su suave cielo, su mar azul claro, a esa luz, en ese aire encantador y mágico del atardecer. Hoy por la tarde me embarco en el “Isabel” y le digo adiós para siempre a las palmeras ya las ceibas de Cuba, a los cocuyos y a las contradanzas, a las guardarrayas y a las constelaciones, e los tambores africanos, a las canciones y a los bailes, a este pueblo feliz y desgraciado, ¡a su infierno y a su paraíso! (Bremer, 1981: 198).

La diferencia entre ambas escritoras está inscripta en sus relatos. Merlin se deja arrastrar por una suerte de pastoril costumbrista sin dejar de intervenir en la política desde un lugar entre la pertenencia y la distancia. En ella el pasado tiene un peso determinante, un pasado al que idealiza, en el que los esclavos cumplieron un papel central en la familia oligárquica en la que creció. A pesar de su formación europea los criollos siguen siendo los otros, aún su misma familia a la que jerarquiza dentro de la sociedad blanca. Los negros son los otros necesarios tutelados por sus dueños, incluso por su padre en el pasado y su tío en el presente. Su destino tiene que ver con la inferioridad racial.

En el caso de Fredrika se observa una estrecha relación entre el romanticismo y el liberalismo. Hay en ella una mirada antropológica, una búsqueda de conocimiento desde su extranjería. Su trayecto busca el conocimiento, a pesar de su desconocimiento del idioma. Los otros son los cubanos, pero también los

extranjeros que viven en Cuba. Si bien la esclavitud le parece aberrante no duda en aproximarse a los dueños y tratantes. Su fascinación por la música y las danzas no le impiden colocar al africano en una situación de inferioridad que debe ser salvada por la educación. Mercedes cumple con su viaje a la semilla, un retorno al paraíso de la infancia no sin el pragmatismo que le impone su situación. Ella verifica si el pasado sigue ahí, con una presencia indudable de la ficción autobiográfica que se sobreimprime en sus pasos. Fredrika, influida por la obra de Humboldt, se detiene en la naturaleza, no sólo la describe, sino que la reproduce. La extrañeza se vincula a una necesidad de conocimiento y el colonialismo impregna de contradicciones los textos.

Bibliografía

- Arambel-Guiñazú, María Cristina y Claire Emilie Martin (2001). *Las mujeres toman la palabra: Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica*. 2 vols. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.
- Arroyo, Jossianna (2020). *Travestismos culturales. Literatura y etnografía en Cuba y el Brasil*. Leiden: Almenara.
- Batticuore, Graciela (1977). *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bueno, Salvador (1974). Introducción a Viaje a la Habana. La Habana: Editorial de Arte y Literatura.
- (2005). *De Merlín a Carpentier*. La Habana: Ed. Unión de Escritores y Artistas de Cuba.
- Benítez Rojo, Antonio (1998). *La isla que se repite*. España: Ceiba.
- Bhabha, Homi K. (2002 [1994]). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Bremer, Fredrika (1858) *The Homes of the New World: Impressions of America*, 2 vols., New York: Harper & Brothers Publishers.
- (1981). *Cartas desde Cuba*. Traducción de Matilde Goulard de Wetberg. La Habana: Arte y Literatura.
- (2018). *Antes de La Habana. El viaje a los Estados Unidos*. Maikel Gonzáles Vivero (traducción y prólogo). Madrid: Verbum.
- Caballero Wangüement, María (2006). *Introducción a Viaje a la Habana*. Madrid: Verbum.

- Calomarde, Nancy (2021). “Volver (se) escritura (en) el viaje: notas sobre latinoamericanas en tránsito (Francisca Espínola y la condesa de Merlín)”. En *Imaginarios, naciones y escritura de mujeres del siglo XIX en América Latina*.
- Campuzano, Luisa (1997). “Dos viajeras cubanas a los Estados Unidos: la Condesa de Merlin y Gertrudis Gómez de Avellaneda”. En *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura. Siglos XVI al XIX*. En Campuzano (coord.), Tomo II. La Habana: Casa de las Américas/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 145-152.
- (2004). “1841: Dos cubanas en Europa escriben sobre la esclavitud”. En *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, 5, 474-486.
- Denegri, Francesca (1996). *El abanico y la cigarrera: la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú 1860-1895*. Lima: IEP/Flora Tristán.
- Domínguez, Daylet (2021). *Ficciones etnográficas. Literatura, ciencias sociales y proyectos nacionales en el Caribe hispano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- Figarola Caneda, Domingo (1928). *La Condesa de Merlin. María de la Merced SantEca Cruz y Montalvo. Estudio bibliográfico e iconográfico, escrito en presencia de documentos inéditos y de todas las ediciones de sus obras. Su correspondencia íntima (1789-1852)*. París: Ediciones Excelsior.
- González Echevarría, Roberto (2011) *Mito y archivo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Kirpatrick, Susan (1991 [1989]). *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid: Cátedra.
- Lofsvol, Laurel A. (1999). *Fredrika Bremer and the writing of America*. Lund: Univ. Press.
- Martin, Claire Emilie y Arambel-Guiñazú, María Cristina (2001). *Las mujeres toman la palabra— Escritura femenina del siglo XIX*. 2 Vols. Madrid and Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- Méndez Rodenas, Adriana (1997). “Mujer, nación y otredad en Gertrudis Gómez de Avellaneda”. En Luisa Campuzano (coord.), *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura. Siglos XVI al XIX*. Tomo II. La Habana: Casa de las Américas/ Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 167-181.
- (1998). *Gender and Nationalism in Colonial Cuba—The Travels of Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin*. Nashville y Londres: Vanderbilt University Press.
- (2019) Panel 17 *Miradas peregrinas: Itinerarios nacionales e imaginarios transatlánticos en las escritoras del siglo XIX*. Adriana Méndez Rodenas, University of Missouri In the conference at CSULB: The 19th Century in 2019: Mapping Women's Writing in the Long Nineteenth Century Disclaimer: Hand held video recording and posting permitted by chair Adriana Méndez Rodenas https://www.youtube.com/watch?v=p42ZBHRJqpw&ab_channel=RMWG
- (2007). “Un retrato decimonónico: las memorias de Mercedes Merlín y la sociedad esclavista cubana”. En *Contexto: revista anual de estudios literarios*, 13, segunda etapa, vol. 11, 57-76.

- (2008). Prólogo a *Viaje a La Habana*. Doral, FL: Stockcero, pp. VII-XXXI. Merlin, Condesa de [Mercedes Santa Cruz y Montalvo] (1838). *Mis doce primeros años*. Traducido del francés por Agustín de Palma. Filadelfia: s/d.
- (2006). *Viaje a la Habana*. Madrid: Ed. de María Caballero Wangüemert.
- Molloy, Silvia (1996 [1991]). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno Fragnals (1978). *El ingenio. Complejo económico social cubano de azúcar*. I-II-III. La Habana: Editorial de Ciencias Humanas.
- Pratt, Mary Louise (1997 [1994]). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Regazzoni, Susana (2013). *Entre dos mundos. La Condesa de Merlin o la retórica de la mediación*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Rojas, Rafael (2000). *Un banquete canónico*, México: Fondo de Cultura Económica.
- (2008). *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*. Madrid: Colibrí.
- Rojo, Roseli (2022). “La Condesa en volanta. Transporte y nación en *La Havane Colonial*”. En Justo Planas, Reynaldo Lastre, Alex Werner y Jorge Alvis (eds.). *La isla diseminada. Ensayos sobre Cuba*. Madrid: Hypermedia, 47-68.
- Scott, Joan W. (1992). “Experience”. En Judith Butler and Joan W. Scott (eds.) *Feminists Theorize the political*. Nueva York: Routledge, 22-32.
- Stepan, Nancy (2001). *Picturing tropical nature*. London: Reaktion Books.
- Vázquez Díaz, René (2004). *Fredrika en el Paraíso*. Madrid: Ediciones Bolonia.
- Vela Martínez, Alejandra (2013). *Viajo, narro, existo: la construcción discursiva de identidad autorial en el relato Viaje a La Habana, escrito por la condesa de Merlin en el Siglo XIX latinoamericano*. Repositorio de tesis de grado en Lengua y Literaturas Hispánicas. México: UNAM <https://hdl.handle.net/20.500.14330/TES01000701111>
- Wulf, Andrea (2017). *La invención de la naturaleza*. Madrid: Taurus.